

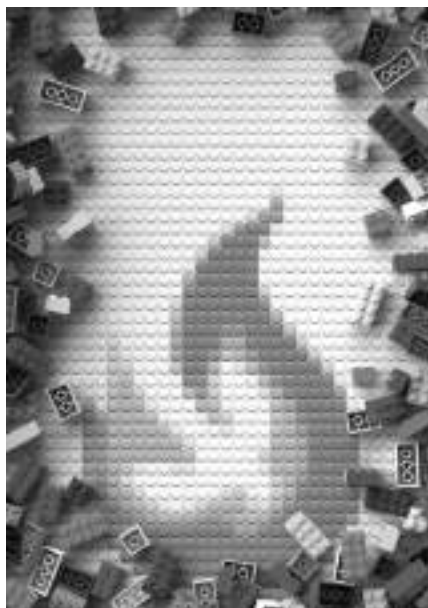
Sigamos construyendo juntos. El Espíritu Santo nos necesita

Día de la Acción Católica
y del Apostolado Seglar

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de Pentecostés

Domingo, 5 de junio de 2022



SUGERENCIAS PARA LOS CANTOS

- Entrada:** «El Señor os dará su Espíritu Santo»
«Jesús está entre nosotros»
- Aclamación:** «Oh, Señor, envía tu Espíritu»
- Ofertorio:** «Ilumíname, Señor, con tu Espíritu»
«Saber que vendrás»
- Comunión:** «Ven, Espíritu de Dios, sobre mí»
«Tú, Señor, me llamas»
- Final:** «Canción del testigo»
«Nos envías por el mundo»

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Oh, Señor, envía tu Espíritu (CLN, 252) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sab 1, 7):

El Espíritu del Señor llenó la tierra y todo lo abarca, y conoce cada sonido. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

La Iglesia nos convoca hoy, domingo de Pentecostés, día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, para celebrar el gran acontecimiento que ocurrió en Jerusalén cincuenta días después de la Pascua, la venida del Espíritu Santo a la comunidad cristiana, acontecimiento que actualizamos en cada comunidad parroquial, en cada movimiento de Acción Católica y de Apostolado Seglar

cuando nos abrimos a la acción transformadora del Espíritu en la Iglesia y en la sociedad.

Este año está siendo un momento especial en la vida de la Iglesia, estamos haciendo una labor de reflexión y de participación en unidad, estamos realizando el proceso sinodal al que nos ha convocado el papa Francisco, en el que se nos invita a realizar un camino de crecimiento auténtico hacia la comunión y misión que Dios llama a la Iglesia a vivir en la actualidad. Se nos hace una invitación en este día para que «Sigamos construyendo juntos» la Iglesia que es pueblo de Dios en salida, la Iglesia que es evangelizadora y misionera y que a través de los cristianos laicos se hace presente en medio del mundo.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersión del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Invoquemos, queridos hermanos, a Dios, Padre todopoderoso, para que bendiga esta agua, que va a ser derramada sobre nosotros en memoria de nuestro bautismo, y pidámosle que nos renueve interiormente, para que permanezcamos fieles al Espíritu que hemos recibido.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

**SEÑOR, Dios todopoderoso,
Escucha las oraciones de tu pueblo,
ahora que recordamos la acción maravillosa de nuestra creación
y la maravilla, aún más grande, de nuestra redención;
dígnate bendecir ✠ esta agua.**

**La creaste para hacer fecunda la tierra
y para favorecer nuestros cuerpos con el frescor y la limpieza.**

**La hiciste también instrumento de misericordia
al librar a tu pueblo de la esclavitud
y al apagar con ella su sed en el desierto;
por los profetas la revelaste como signo de la Nueva Alianza
que quisiste sellar con los hombres.**

**Y, cuando Cristo descendió a ella en el Jordán,
renovaste nuestra naturaleza pecadora
en el baño del nuevo nacimiento.**

**Que esta agua, Señor,
avive en nosotros el recuerdo de nuestro bautismo
y nos haga participar en el gozo de nuestros hermanos
bautizados en la Pascua.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

*Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen
conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice
la sal, diciendo:*

TE pedimos humildemente, Dios todopoderoso,
**que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al aguapara remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre la presencia del Espíritu Santo.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

Rx. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 7).

Si no se hace el rito de la aspersion y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

**Pedimos perdón por las veces que hacemos callar al Espíritu
en nuestra vida personal y eclesial:**

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

**Por las veces que no hemos sido dóciles a las inspiraciones de
tu Espíritu, te decimos: ¡Señor, ten piedad!**

Rx. Señor, ten piedad.

**Por las veces que no hemos dado ejemplo de fe y caridad
conforme a la presencia del Espíritu de Dios en nosotros, te
rogamos: ¡Cristo, ten piedad!**

Rx. Cristo, ten piedad.

Por las veces que no hemos sido testigos de la bondad de Dios según el Espíritu del Evangelio de Jesús, te pedimos: ¡Señor, ten piedad!

Rx. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

Rx. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que por el misterio de esta fiesta
santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra
y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

El acontecimiento de Pentecostés nos habla de «viento recio» y de «llamaradas» para expresar que el Espíritu de Dios llega y transforma a quienes lo acogen. Este Espíritu mueve a hablar y a dar testimonio de Jesús con palabras que todos entienden. La Iglesia, desde el primer momento, se caracteriza por su apertura al mundo, superando miedos y barreras.

Esta Iglesia está enriquecida con los dones del Espíritu Santo, nos recordará san Pablo. Son dones diversos para funciones diversas en la misma comunidad. Las divisiones quedan superadas. La diversidad es sana y necesaria.

Jesús resucitado entrega el Espíritu a los apóstoles y les indica su misión. El relato del Evangelio nos lo presenta alentando a sus discípulos, transformando su miedo en alegría y enviándolos con la misma autoridad con que el Padre lo envió a él a evangelizar el mundo entero. Su aliento y su envío se renueva hoy entre nosotros.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

«Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo «recibid el Espíritu Santo» (Jn 20, 21-22).

Con estas palabras Jesús cumple la promesa que hizo a sus discípulos, estos recibirán el don del Espíritu Santo: «será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho» (Jn 14, 26). De esta manera la vida de los discípulos va a dar un cambio radical, nos dice el Evangelio que están encerrados en una casa, tienen miedo, no saben qué va a pasar con ellos, no saben qué van a hacer, y la llegada de Jesús va a transformar ese miedo en gozo, en alegría al encontrarse de nuevo con Jesús resucitado. Los discípulos reciben el don del Espíritu Santo y comienzan a proclamar la Buena Noticia, comienza de esta manera su misión apostólica, como se nos relata en el texto de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado.

«Sigamos construyendo juntos» es la invitación que se nos hace en este día de Pentecostés y que nosotros, como Iglesia, como Acción Católica, como Apostolado Seglar, queremos acoger. Al recibir el Espíritu Santo, los discípulos empiezan a formar una comunidad, a vivir como comunidad y en el centro de esa comunidad va a estar Jesús vivo, Jesús resucitado que los envía a la misión. Nosotros, como Iglesia, formamos también una comunidad, vivimos nuestra fe en comunidad, queremos ser en cada ciudad, en cada barrio, en cada pueblo, comunidad parroquial, queremos vivir en cada movimiento de Acción Católica y de Apostolado Seglar siendo

comunidad. Y en cada una de estas comunidades, como en la primera comunidad de los discípulos, Jesús vivo, Jesús resucitado en el centro que nos envía hoy también a la misión.

Nos encontramos en un momento muy importante como Iglesia, el papa Francisco nos ha convocado a un sínodo que quiere situarnos como Iglesia que siga construyendo juntos, que vivamos nuestra fe en comunión, en la que todos nos sintamos corresponsables con la misión evangelizadora y apostólica que el Señor nos ha encomendado. El proceso sinodal que hemos comenzado es un proceso de escucha, es un proceso de aprender juntos cómo Dios nos llama a ser Iglesia en este momento actual. El camino de escucha mutua puede ser una auténtica experiencia de discernimiento de la voz del Espíritu Santo, se nos decía en el documento preparatorio del sínodo. Qué mejor manera de celebrar Pentecostés que respondiendo a esta invitación de caminar juntos, este camino común es tanto un don como una tarea. Al reflexionar juntos sobre el camino que llevamos recorrido como Iglesia en nuestras comunidades podremos aprender de las experiencias de los demás guiados por el Espíritu Santo. Iluminados por la Palabra de Dios y unidos en la oración, seremos capaces de descubrir los procesos para buscar la voluntad de Dios y seguir los caminos a los que Dios nos llama: hacia una comunión más profunda, una participación más plena y una mayor apertura para cumplir nuestra misión.

Observamos el modo de vivir y actuar de los discípulos porque nos puede ayudar a situarnos para llevar a cabo nuestra misión de anunciar, de transmitir el Evangelio de la vida, de la esperanza, del amor. Nosotros, hoy, también hemos sido llamados y elegidos por Jesús, para continuar esta misión, para ser Iglesia en salida respondiendo así a la llamada que nos hace el papa Francisco.

En esta celebración, en la que renovamos que la comunidad cristiana, que la Iglesia, recibe el don del Espíritu Santo nos sentimos enviados por el mismo Espíritu para ser testigos de la presencia viva de Jesús entre nosotros y en el mundo. Es el Espíritu quien nos impulsa para que hagamos realidad el proyecto del reino viviendo y transmitiendo el Evangelio del gozo, de la esperanza, de la justicia, de la paz y del amor. Por eso, hoy también nos sentimos llamados a seguir construyendo juntos. Es el Espíritu Santo quien nos necesita, es el Espíritu Santo quien nos envía.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

El Espíritu Santo ora en nosotros. Él nos hace llamar a Dios Padre. Con la confianza que nos da el sabernos hijos suyos le dirigimos nuestras súplicas. Digamos: *Danos, Señor, el don de tu Espíritu.*

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia para que se deje conducir y transformar por la presencia del Espíritu Santo, para que anuncie con valentía y gozo la Buena Noticia de Jesucristo a todas las personas de nuestro mundo. Oremos.
2. Por todos los movimientos cristianos de Acción Católica y de Apostolado Seglar para que su presencia viva en los diversos ambientes de nuestra sociedad evangelice y transforme desde el Evangelio las realidades sociales, culturales, políticas y económicas. Oremos.

3. Por todos los que sufren a causa de las divisiones, la violencia y el egoísmo para que el Espíritu Santo les conceda abundantemente la fuerza que necesitan para afrontar con esperanza las situaciones que padecen. Oremos.

4. Por el proceso sinodal que estamos realizando en la Iglesia, para que sea un impulso y un estímulo para realizar la misión evangelizadora que Jesucristo nos pide llevar a cabo. Oremos.

5. Por nuestra comunidad parroquial, reunida en nombre de Jesús, y enviada a dar testimonio del amor de Dios a todos, para que acojamos de forma consciente y gozosa la acción del Espíritu en nosotros. Oremos.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DANOS tu Espíritu, Señor,
que nos haga valientes testigos
del Evangelio de tu Hijo
en medio del mundo.

Junta las manos.

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

R. Amén.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: Hombre nuevos (CLN, 718) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

OH, Dios, que has comunicado a tu Iglesia
los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

MONICIÓN FINAL DE ENVÍO

Concluye la celebración, pero el Espíritu Santo sigue con nosotros. En nuestro día a día, en nuestro trabajo, en nuestra convivencia, en nuestra reacción ante las necesidades sociales él va a inspirarnos palabras y actuaciones oportunas. Dejémonos conducir por él de modo que nuestra vida transmita la alegría de la fe cristiana y el ánimo para hacer este mundo más humano.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, Padre de los astros,
que en el día de hoy iluminó las mentes de sus discípulos
derramando sobre ellas el Espíritu Santo,
os alegre con sus bendiciones
y os llene con los dones del Espíritu consolador.**

Rx. Amén.

**Que el mismo fuego divino,
que de manera admirable se posó sobre los apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con la efusión de su claridad.**

Rx. Amén.

**Y que el Espíritu que congregó en la confesión de una misma fe
a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas
os conceda el don de la perseverancia en esta misma fe,
y así podáis pasar de la esperanza a la plena visión.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.

Podéis ir en paz, aleluya, aleluya.

Rx. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española